

# *Los cincuenta*

## *Capítulo 1*

*Bootle, Liverpool*

1950

—**M**e pregunto por qué la gente todavía canta canciones de la guerra —murmuré—. «Roll Out the Barrel», «When the Lights Go On Again» y otras parecidas. Lo lógico sería pensar que la gente quiere olvidarse de la guerra, y no recordarla, sobre todo en una boda.

Mi amiga Margaret se limitó a soltar un gruñido. Estábamos sentadas junto a la ventana y mirábamos a Norah, que se estaba sacando una foto con su nuevo marido, Roy Hall. El vestido de novia de Norah consistía en un atuendo rosa claro y sombrero, bolso y guantes blancos. Al igual que mis otras hermanas y que yo misma, Norah no era ni muy alta ni muy baja, y tenía el pelo del mismo color rojo oscuro, los ojos azules y la boca ancha. Ninguna de las chicas McCarthy era especialmente bonita; a menudo nos describían más bien como llamativas.

Yo pensaba que Norah se echaba a perder con Roy Hall, un tipo poco atractivo, de pelo copiosamente engominado y con un bigote como el que solía lucir Adolf Hitler. Trabajaba de dependiente en la Bootle Corporation.

El banquete de boda había llegado a la fase que yo siempre concebía como «intermedio». En cualquier momento, Norah y Roy se marcharían de luna de miel. Ya había desaparecido la mayor parte de la comida y sólo quedaban unas bandejas en una mesa, dispuestas para que la gente se sirviera sola. Algunos

de los invitados más ancianos se habían marchado ya, los niños pequeños se habían quedado dormidos en el regazo de sus madres, y los que eran un poco más mayores daban vueltas, mortalmente aburridos, mientras esperaban a que volviera la actividad.

—Qué mal huele —dijo Marge tapándose la nariz.

—No me extraña.

En el techo flotaban varias capas de humo y la habitación apestaba a colillas, cerveza y cuerpos sudorosos. Vi cómo mi hermano Jamie, que contaba diecisiete años y no tenía ya edad para esas cosas, hacía explotar un globo y sobresaltaba a todo el mundo. El pianista había desaparecido y había dejado una jarra vacía con la esperanza de que alguien se la rellenase. La caseta, poco antes a punto de derrumbarse por el estruendoso júbilo, ahora estaba extrañamente silenciosa. Las puertas permanecían abiertas y dejaban entrar las últimas luces del sol de la tarde. Estábamos en junio, y el día era perfecto para celebrar una boda.

—Norah debería haberse puesto un sombrero rosa —comentó Marge—. Leí en una revista que una no debe llevar nunca más de tres complementos del mismo color.

Marge llevaba un elegante vestido de lino color crema, conjuntado con unos zapatos marrón oscuro. Había dejado el sombrero, una boina también de color crema, en el cuarto de los abrigos. El problema de Marge era que siempre se compraba ropa de una talla menos de la que debía, de manera que la chaqueta abotonada le apretaba los pechos y la falda se le arrugaba a la altura de los muslos. Como siempre, llevaba su bonita cara embadurnada de maquillaje y se había hecho la permanente. Ojalá alguien tuviera el valor de decirle que parecía una pelandusca. Yo, desde luego, no me atrevía.

—Me parece que es un poco tarde para decirle a Norah que ha escogido mal el color del sombrero —dije—. Dentro de un rato iré a casa a quitarme el vestido de dama de honor. Más tarde la cosa se animará y se podría estropear, o alguien podría tirarme una cerveza encima. De todas formas, me parece horroroso.

El vestido era de raso, lila y con mangas abombadas, una falda larga y fruncida acabada en volantes y una banda que terminaba en un enorme lazo a la espalda. Me había deshecho de la pamelita lila, pero seguía sintiéndome como una muñeca colgada de un árbol de Navidad.

–Estarás más cómoda con algo tuyo –comentó Marge distraída.

–Espero que no lo digas porque estoy irresistiblemente guapa y tú te mueres de envidia –dije sonriendo.

Marge me siguió el juego y se hizo la dolida.

–¡De ninguna manera! Tu hermana Claire ya se lo ha quitado, pero Aileen sigue con el suyo.

–Pobre Claire. No sabía lo que le esperaba cuando Norah encargó los vestidos de dama de honor. El sastre tuvo que ensancharlo para hacerle hueco al bulto. –En cuanto se sacaron las fotos, Claire se puso un vestido prenatal–. Y Aileen está esperando a que Norah se vaya para cambiarse.

Marge me dio un toque.

–¿Te has fijado en que Ada Tutty no deja de mirar a Danny como si se lo fuera a comer? –preguntó en voz baja–. No le ha quitado el ojo en toda la tarde.

Me fijé en una joven más bien tristonza y de rostro insulso, que llevaba un vestido más apropiado para alguien tres veces mayor que ella, y que observaba a mi hermano con gesto melancólico. Ada era la hija de nuestro vecino en Amethyst Street. Siempre que la veía sentía pena por ella.

–Está loca por nuestro Danny –dije–. Los domingos se queda esperando junto a la ventana de la entrada hasta que él llega a misa, y entonces lo sigue y se arrodilla tan cerca como le es posible. Da igual a qué misa vaya él, a la primera o a la última, ella siempre está allí. Lo va a volver loco.

–La verdad es que a mí tampoco me parece que Danny esté nada mal –confesó Marge.

En aquel momento, mi hermano flirteaba de manera escandalosa con una amiga de Norah. Tenía veintidós años y a mí no me parecía que hubiera en él nada destacable, pero debía de tener un gran magnetismo, porque todas las chicas se sentían atraídas por él como las abejas por la miel.

–¿Quieres que se lo diga? –me ofrecí.

–¡Jesús, María y José, ni se te ocurra! –exclamó Marge.

–Estaría bien tenerte de cuñada, Marge.

Las dos teníamos diecinueve años y éramos amigas desde que empezamos juntas la escuela, con cinco.

–Sería la bomba –concedió Marge–. Pero como le digas una palabra a Danny, no volveré a hablarte.

Movimos las sillas para hacer sitio a mi sobrina de diez años, Patsy, que utilizaba uno de los sombreros de dama de honor para transportar todo el confeti que había acumulado.

—¿Qué piensas hacer con todo eso? —inquirí.

—Lo voy a guardar para cuando me case —anunció Patsy—. Pero sólo quiero los trocitos plateados. Son los que más me gustan.

—¿Por qué las niñas pequeñas siempre piensan que se van a casar? —me pregunté en voz alta cuando Patsy se hubo marchado.

Marge se encogió de hombros.

—Porque es lo que hacen las niñas cuando crecen.

—No todas —repliqué.

—Sólo si ningún hombre se lo pide, y entonces acaban convertidas en tristes solteras.

—¿Y qué pasa si una mujer *decide* no casarse, por muchos hombres que se lo propongan?

Me molestaba la idea de que una mujer tuviera que sentirse triste automáticamente por no tener un hombre.

—Entonces estaría loca —espetó Marge—. Hay que estar mal de la cabeza para preferir ser una solterona cuando podrías encontrar un marido. Yo quiero tener hijos, y para eso hay que casarse.

—¿Quieres decir que te casarías con cualquiera sólo para que te pusiera un anillo en el dedo?

—Siempre que tenga un buen trabajo y no tenga cara de caballo. —Me lanzó una mirada desafiante—. ¿Tú no?

—Así no.

Había salido con muchos chicos, pero ninguno con el que hubiera querido pasar el día entero, por no hablar del resto de mi vida.

—Estás diciendo tonterías, Kitty McCarthy.

No me apetecía seguir discutiendo.

—¡Mira! Norah y Roy vienen a despedirse. ¿No te parece que es un soso?

Quizá Marge tuviera razón; yo estaba convencida de que Norah se había casado con Roy porque ya tenía veinticuatro años y le preocupaba que se le pasara el arroz después de que Peter Murphy la hubiera dejado en la estacada tras tres años de noviazgo.

—Preferiría mil veces ser una solterona que acabar con un soso como Roy Hall —dije en tono desafiante.

En cuanto los recién casados se despidieron de todo el mundo, Norah tiró el ramo (que atrapó Marge, para su gran

satisfacción), y se marcharon en la furgoneta del hermano de Roy a pasar la luna de miel en Cornualles.

Llegó Aileen.

—Hermanita, no veo el momento de quitarme este horrible vestido. No quería hacerlo antes para no ofender a Norah, pero ahora mismo me voy a Amethyst Street para cambiarme. Papá y mamá se fueron hace poco.

—¿Estaba bien mamá? —pregunté preocupada.

—Perfectamente —me tranquilizó Aileen—. Simplemente dijo que le apetecía tomarse una buena taza de té y echarse un rato.

—Muy bien. Espera un momento mientras busco mi bolso. Iré contigo.

—A ti te queda de lujo; el vestido, quiero decir —comentó Aileen mientras caminábamos por Marsh Lane hacia la casa en la que habíamos nacido.

Cuatro años antes, Aileen se había casado con Michael Gilbert y ahora vivía en Maghull. Tenía un buen empleo, era supervisora en la fábrica de galletas Wexford's en Dock Road, donde Michael trabajaba como director de cuentas. Era la primera McCarthy que vivía en una casa comprada, y, por lo tanto, se consideraba superior al resto de nosotros.

—A ti también te queda bien —dije amablemente—. Y a Claire también le habría sentado bien de no estar en estado. La pobre parecía un paquete mal envuelto.

—No me importaría parecer un paquete mal envuelto si al menos estuviera embarazada —dijo Aileen melancólica; estaba desesperada por tener un bebé.

—No te preocupes, hermana, ya llegará el día —me arriesgué a prometer—. ¿Te has fijado en que todo el mundo nos mira?

Me alegré de que las tiendas hubieran cerrado y de que no hubiera tanta gente por la calle.

—No me sorprende. Con este vestido me siento como un plato de comida para perros. Esperaba que Norah escogiera seda o crepé, y un color menos empalagoso. Los podríamos haber arreglado para ponérmolos otra vez. Ahora no sé qué hacer con él —terminó, disgustada—. No se me ocurre ni una sola cosa que hacer con él.

—¿Cojines?

Aileen parpadeó.

—A veces —dijo cuando entramos en Amethyst Street—, doy vueltas por mi semiadosado de tres dormitorios y me pregunto

cómo podíamos apretujarnos diez personas en una de estas casitas con terraza. En aquellos días, el lavabo estaba al fondo del jardín y nos bañábamos en un barreño frente a la chimenea.

—Sí, pero las cosas han mejorado desde entonces.

Papá había instalado un retrete y un lavabo en el lavadero con la ayuda de Danny, que era fontanero. También habían colocado una puerta que llevaba a la cocina. El viejo lavabo ya no estaba, y ahora usábamos aquel lugar para guardar el carbón.

—Pero ha tenido que pasar bastante tiempo —comentó Aileen sorbiendo con la nariz.

—No sabes cuánto lamento que se vaya Norah —dije intentando parecer sincera—, pero ahora voy a tener una cama doble para mí sola, por primera vez en mi vida.

—En otras palabras, no lo lamentas en absoluto.

Aileen se detuvo junto a una farola sobre la que alguien había enganchado una cuerda; un niño pequeño daba vueltas y vueltas a su alrededor, con los ojos cerrados y expresión de felicidad.

—Recuerdo cuánto me divertía hacer eso —dijo con nostalgia—. De pequeñas, Claire y yo teníamos unas peleas terribles para ver quién se columpiaba primero.

—¿Y quién solía ganar?

Cuando nací, Claire ya tenía doce años, y Aileen diez.

—Yo era la más pequeña, pero mis puñetazos eran más fuertes.

Después de tantos años, me resultaba imposible imaginarme a mis hermanas, la elegante Aileen y la maternal Claire, enzarzadas a puñetazos.

Llegamos al número veintidós. Aileen metió la mano por el buzón y sacó la llave que había colgada de una cuerda. Abrió la puerta y entró. Entonces se dio la vuelta y me susurró:

—Mamá está llorando. Me parece que está arriba. Papá está con ella.

Torcí el gesto.

—Pensaba que ya estaba mejor. No la había oído llorar desde hacía meses.

Caminamos silenciosamente por el pasillo y nos sentamos al final de la escalera para escuchar. Nuestros vestidos flotaron a nuestro alrededor con un sonido susurrante antes de apelmazarse los dobleces a nuestros pies.

—Lo siento, Bob —gimoteaba mamá—. Siento estropearle el día, pero desde que me levanté esta mañana no he podido dejar de

pensar en nuestro Jeff y en nuestro Will. Deberían haber estado en la boda de Norah, y yo veía sus caras entre las de los invitados. Eran como fantasmas, con una sonrisa en sus caras espectrales. Pero siempre que volvía la vista hacia ellos, desaparecían. He podido mantener la compostura por el bien de Norah, pero en cuanto ella se fue, sólo tenía ganas de volver a casa y llorar.

—Llora todo lo que quieras, Bernie, cariño —dijo papá reconfortándola.

—No paro de pensarlo. De seguir vivo, Jeff tendría ahora treinta años y se habría casado con Theresa; esos niños que tiene serían de él. Y Will tendría veintisiete. ¡Oh, Bob! —gimió—. Nunca podré superar el haber perdido a mis chicos, ni aunque viva cien años.

Los sollozos estremecían su frágil cuerpo y su respiración era violenta y desordenada. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta. A Aileen le corrían lágrimas por la mejilla. Entonces mi hermana extendió los brazos y, al final de la escalera, nos estrechamos la una a la otra mientras escuchábamos como lloraba nuestra madre desde el fondo de su corazón.

Cuando empezó la guerra, once años atrás, en 1939, la familia McCarthy tenía ocho hijos —cuatro chicos y cuatro chicas—, pero cuando terminó, seis años más tarde, no quedaban más que dos muchachos. El primero en caer fue Jeff, que sólo tenía veinticuatro cuando lo alcanzó en el pecho el disparo de un francotirador; los aliados se abrían camino por la Francia ocupada. Seguíamos en estado de *shock* cuando Will, tres años más joven que su hermano, se hundió con todo el barco en las heladas aguas del mar de Bering después de que fuera alcanzado por un torpedo, cortesía de un submarino alemán que acechaba en las profundidades.

Perder a Jeff había sido terrible, pero, para mamá, la muerte de Will fue la gota que colmó el vaso. Quitó el crucifijo que había sobre el aparador y todas las imágenes y figuras de santos que había en la casa, como si hubiera dejado de creer en Dios, aunque seguía asistiendo a misa y a la bendición sacramental los domingos. Pasaron los años y apenas comía; yo me preguntaba si lo hacía a propósito, con la esperanza de morir y poder reunirse con sus chicos, olvidándose por completo de que todavía le quedaba un marido y seis hijos más que la necesitaban.

Sin embargo, últimamente parecía que empezaba a asumir la muerte de sus dos robustos muchachos. Quizá los preparativos

de la boda de Norah le hubieran ayudado a pensar en otra cosa. Pero ahora que Norah se había casado, ¿empezaría de nuevo? ¿Tendríamos que volver a ver como nuestra madre se consumía ante nuestros ojos?

—¿Qué pasó exactamente cuando murieron, Bob? —preguntaba mamá con voz débil y temblorosa—. La bala que alcanzó a Jeff en el pecho, ¿lo mató al instante? ¿O se quedó allí tirado, agonizando hasta que falleció? Y Will, ¿lo mató el torpedo? ¿O se ahogó cuando se hundió el barco? Me paso todo el día pensando en ello. He revivido sus muertes un millón de veces.

—Vamos, vamos, cariño.

La voz de papá denotaba una ligera desesperación. Quizá no le quedaran ya palabras de aliento. No había tenido oportunidad de lamentar la muerte de sus hijos, nadie se había preocupado de él como él lo había hecho de mamá. Los hijos que le quedábamos lo intentábamos, pero no era suficiente. Sólo alguien en su situación podría comprender lo que sentía. Yo no me atrevía a decirlo en voz alta, pero a veces me preguntaba si no estaba mal que mamá descargase todas sus miserias en papá cuando él ya tenía bastantes por su cuenta. Las tragedias se deben compartir y no cargar uno solo con todo el peso, por muy fuerte que aparente ser.

—Tengo mi ropa en el dormitorio principal —susurró Aileen—, pero no puedo molestarlos. Volveré a la fiesta y me cambiaré más tarde.

—Yo haré lo mismo.

Mi ropa estaba en el dormitorio que compartía con Norah, pero pensé que era mejor no subir al piso de arriba en aquel momento.

Cuando regresamos a la caseta, el ambiente se había animado. Habían traído bocadillos recién hechos, el pianista había vuelto —le habían rellenado la jarra— y tocaba una alegre marcha para los niños, que estaban entretenidos con el juego de la silla.

—Es como si hubiera empezado de nuevo la guerra —dijo Claire, disgustada, cuando nos unimos a ella. Parecía muy cansada. Me preguntaba, con cierta culpabilidad, si habría tenido que hacer todos los bocadillos—. Los niños grandes tiran a los pequeños por los suelos para coger las sillas. Los tres míos ya han sido eliminados y no les hace mucha gracia. Patsy ha perdido todo el



confeti, Colette cojea, y estoy bastante segura de que Mark no tenía el ojo morado cuando salimos de casa esta mañana.

—En tu estado, será mejor que te apartes de la carretera —le advertí cuando vi a mi hermana embarazada (y favorita) a punto de ser arrollada por un círculo decreciente de niños frenéticos, deseosos de que parase la música para poder pelearse por una silla.

Claire se echó hacia atrás.

—Creía que habíais ido a casa para quitaros esos vestidos horribles.

—Así es, pero mamá estaba llorando en el piso de arriba y pensamos que era mejor dejarlo para más tarde —explicó Aileen—. Pobre papá, sonaba como si no pudiera más.

—Mamá decía que no dejaba de ver a Jeff y a Will en la boda, como fantasmas. Quizá deberíamos haber imaginado que el día de hoy no le sentaría demasiado bien —añadí.

—Ahora mismo no quiero oírlo —dijo Claire algo brusca—. Mis niños se han lastimado todos de una u otra forma, mi marido ha desaparecido y el bebé no deja de dar patadas. Ya tengo bastantes cosas por las que preocuparme. La verdad es que no me importaría irme a casa. —Parecía a punto de echarse a llorar—. Ah, y a lo mejor os interesa saber que Jamie está como una cuba. —El más joven de los McCarthy siempre se metía en algún lío. Claire miró para otro lado y masculló—: Mamá no es la única que ha visto fantasmas en la boda.

Yo también había estado todo el día pensando en mis hermanos, pero no dije nada. En vez de eso, cambié de tema.

—¿Tenemos algún premio para el que gane? —pregunté.

El juego ya casi había acabado, sólo quedaba una silla y una niña de diez años y aspecto bastante fornido, de la familia del novio, competía contra un niño larguirucho de edad indeterminada al que no había visto antes. Era bastante rápido.

—Si gana la niña —dijo Claire en tono amenazante—, el premio será un buen azote. Fue ella la que le puso la zancadilla a Colette y la dejó cojeando.

Afortunadamente para la niña, ganó el chico, que no parecía esperar ningún premio. El aplauso y la sensación de haber logrado algo eran suficientes para él.

Fui en busca de Marge y me la encontré hablando con Ada Tutty. Debía de haberle dado pena aquella chica.

—¿Sabes que Ada va a la escuela nocturna para aprender francés y español? —me preguntó.

—¿De veras?

No sabía mucho sobre Ada, aparte de que estaba locamente enamorada de Danny y que, cuando íbamos a la escuela, estaba un curso por debajo de Marge y de mí. Era una chica inteligente y había aprobado los exámenes para acceder al instituto, pero su madre no la dejó ir argumentando que no tenía dinero para pagar el uniforme. Ada era muy pequeña, tenía la cara pálida y el pelo muy fino y con poco color. Era la clase de chica en la que nadie se fija dos veces.

—Quiero ser intérprete —susurró.

—¿Hay mucha demanda de intérpretes en Bootle? —inquirió Marge.

Me hizo un guiño a espaldas de Ada, pero yo la ignoré.

—No, pero sí en Londres y en el extranjero.

—¿Estás pensando en irte a trabajar al extranjero, Ada? —pregunté impresionada.

—Puede.

Ada se ruborizó y miró brevemente a Danny. Ahora flirteaba con otra chica, que pestañeaba coqueta.

—Me parece una idea estupenda. —Lo dije en serio, aunque me daba la impresión de que a Ada no se le pasaría por la cabeza irse al extranjero si pudiera echarle el guante a nuestro Danny—. A mí misma no me importaría. Tampoco me importaría ir a la escuela nocturna. Aprendería lengua. En la escuela deletreaba fatal y mi gramática era aún peor. Ni siquiera estoy segura de saber dónde poner una coma.

—¿Y eso de qué te sirve? —preguntó Marge.

—¿Saber dónde poner una coma?

—No, dar clases de lengua, boba.

—Bueno, para empezar, sabría escribir una carta como Dios manda —dije convencida.

—¿Cuántas cartas escribes al año, Kitty?

—Un par o tres, y tengo que mirar el diccionario cada dos minutos.

Marge sorbió con la nariz.

—Mejor te iría si aprendieras a cocinar. Al menos te serviría de algo. Eres una cocinera terrible.

—¡Oh, no! —El soso rostro de Ada se transformó de repente y ahora parecía bastante animada—. Kitty tiene tiempo de sobra

para aprender a cocinar, pero escribir cartas, escribir cualquier cosa, es algo muy importante. Hay que saber cómo expresarse y qué palabras utilizar. Yo escribo poesías –añadió tímida.

–¿Ves? –dije mirando desafiante a mi amiga–. Yo no he escrito un poema en mi vida.

–Pues de mucho te iba a servir.

Me hubiera gustado seguir con la conversación, pero el pianista se puso a tocar «Gay Gordons» y Liam, el marido de Claire, me sacó a bailar.

–Espero que no te importe, pero a Claire no le apetece y yo necesito un poco de ejercicio –comentó irrumpiendo con un pisotón en el suelo, como un miembro de la Gestapo.

Liam Quinn me caía bien; era un tipo grande y ruidoso, con el pelo castaño y rizado, unos ojos risueños del mismo color y una personalidad extrovertida. Jugaba al fútbol con los Bootle Rangers, un equipo de aficionados, y mi hermana y él estaban muy contentos el uno con el otro.

–Claire me dijo que habías desaparecido –dije en tono acusador.

–Me había acercado a casa de un amigo a escuchar los resultados del críquet en la radio y tomarme una cerveza tranquilamente. Por cierto, si te interesan estas cosas, Corea del Norte ha invadido Corea del Sur. Lo han dicho en las noticias.

–¿Y eso qué significa?

–Otra guerra –respondió Liam lacónico.

Me dio una vuelta y volvimos por donde habíamos venido.

–¡Pero si sólo han pasado cinco años desde que terminó la última!

–A mí me lo vas a contar, Kitty. Yo estuve con los fusileros de Lancashire, ¿recuerdas?

–¿Volverán a llamarte a filas? ¿Tendrá que ir nuestro Danny? ¿Y Jamie? En diciembre cumplirá dieciocho. Oh, mamá se va a morir –me lamenté.

–No sé lo que va a pasar. –Se encogió de hombros–. Corea del Norte tiene a la Unión Soviética detrás, y Estados Unidos apoya al sur. Podría ser el comienzo de la Tercera Guerra Mundial, y podríamos acabar reventándonos mutuamente con bombas atómicas. Habrá que ver. Vamos, Kitty –dijo mientras intentaba darle una vuelta a mi cuerpo, inmóvil–. Esto es peor que bailar con un saco de serrín. Me iría mejor con Claire, y eso que está embarazada de seis meses.

—Lo siento, Liam, pero ya no me apetece seguir bailando. Me retiré.

—Oh, venga, cielo. Lo de la guerra era una exageración. —Me siguió y me cogió del brazo—. Será una tormenta en un vaso de agua, eso es todo.

Todavía me agarraba del brazo cuando salí afuera, donde el sol se estaba poniendo. Hacía más frío que antes.

—Kitty, no quería darte un disgusto —dijo preocupado—. Estaba exagerando, ya te lo he dicho.

—Pero puede que haya una guerra. Oh, Liam, odio las guerras.

La experiencia de estar sentada en el refugio escuchando como explotaban las bombas por todo Bootle me había parecido horrible; odiaba ir a la escuela a la mañana siguiente y ver los agujeros que quedaban donde antes había casas, y las mesas vacías de mis compañeras de clase que vivían en ellas, muertas o heridas. Lo peor de todo había sido perder a dos hermanos a los que quería con todo mi corazón, y después ver como mi madre se convertía en una anciana casi de un día para otro.

Liam me estrechó entre sus brazos y me dio unas palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, no pasa nada —dijo con el mismo tono que mi padre había usado horas antes con mi madre.

Iba a apartarlo, avergonzada de mi propia debilidad, cuando apareció Claire por la puerta.

—Liam, ¿debería divorciarme de ti ahora por tener una aventura con mi hermana pequeña, o debería esperar a tener más pruebas? —preguntó con una sonrisa. Había recobrado el buen humor.

—Le acabo de dar a Kitty una mala noticia que he oído por la radio —explicó Liam—. No le ha sentado muy bien.

—Eres incapaz de mantener la boca cerrada, Liam Quinn —dijo Claire en tono afable—. Ya me dirás mañana cuál es la mala noticia. Ahora no estoy de humor. Venga Kitty, cariño, vamos a la cocina a tomar un té.

—Me pregunto si Norah habrá llegado ya a Bridgenorth —comentó Claire.

Encendió el fuego de la destartalada cocina y puso dos cucharadas de té en una enorme olla metálica.

—No sé muy bien a cuánto está Bridgenorth de aquí.

Norah y Roy iban a pasar la noche allí y seguir hasta Cornualles por la mañana.

—Yo tampoco —dijo Claire sonriendo—. No la envidio. Acostarse con Roy Hall por primera vez... O a lo mejor no es la primera vez, ¿qué sé yo? No entiendo cómo se casó con él.

—Porque Peter Murphy le dio calabazas. Por eso.

—Sí, pero sólo tenía que esperar un poco y habría aparecido otro, alguien un poco más interesante, que no pareciese un muerto recalentado.

—Y que no tuviera el bigote de Hitler —añadí.

—Y que no tuviera el bigote de Hitler —coincidió Claire con una nueva sonrisa—. La verdad es que no entiendo por qué las mujeres tienen siempre tanta prisa en casarse.

—Tú lo hiciste cuando tenías veinte años.

—Ya, pero yo tenía que hacerlo. ¿No lo sabías? —preguntó al ver mis ojos como platos por la sorpresa—. Pensaba que todo el mundo lo sabía, o al menos todos los que viven en Amethyst Street. Patsy nació siete meses después de la boda. Mamá le dijo a todo el mundo que había nacido prematuramente, pero nadie se lo creyó.

—Yo me lo creí —dije indignada—. Esperaba encontrarme un bebé pequeño y frágil, pero Patsy era bastante grande, y me preguntaba qué aspecto tendría de haberla gestado los nueve meses.

Claire se rio.

—¡Pobre Kitty, qué inocente eres! En fin, poco después de que llegara Patsy, llamaron a Liam a filas, y en lugar de pasar los siguientes cinco años trabajando para la guerra y pasándomelo bien con mis amigas, me tuve que quedar encerrada en casa con un bebé. Quiero a Liam con locura, pero ojalá no nos hubiéramos casado entonces. —Se puso seria—. Escucha lo que te digo, Kitty, si en algún momento sientes la tentación de irte con un chico, asegúrate de no acabar con un bebé y teniendo que casarte con él. Puede que no acabes con alguien como Liam Quinn, sino con un muchacho como nuestro Danny, de quien no me fio un pelo. Sería un marido horrible.

—Lo recordaré —prometí.

Obviamente, no fue así. Con el tiempo, llegó el día en que cometí el mismo error que Claire, pero en mi caso la cosa fue bastante distinta.